“ **<u>Que todos sean uno. Como Tú, Padre, en Mí y yo en Ti”(Jn.17,21)</u>**

Todos los entendidos en la Sagrada Escritura coinciden en la singularidad del Evangelio de S. Juan. Dentro de él, los capítulos del 13 al 17, rozan lo sublime y, concretamente, la oración sacerdotal, alcanza la perfección. Es evidente el trabajo y redacción postpascual de todo ello, pero también es evidente el núcleo histórico de lo mismo. El tiempo no pudo diluir la intensidad del momento, es más, el tiempo le dio el conocimiento, la profundidad y la madurez que la instantánea no pudo captar.

Jesús no es un charlatán, ni un profeta más; es el enviado de Dios. La prueba de ello es la “fraternidad cristiana”. Ésta es el signo por excelencia del origen divino del cristianismo. Construir fraternidad es la apologética más segura y autorizada. Las palabras de Jesús son claras: Vinculan la credibilidad del cristianismo a su capacidad de promover la fraternidad: “ Q**ue ello también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado”**

Esa capacidad se manifiesta allá donde los hombres y mujeres ponen su empeño en vivir como hermanos y hermanas, allá donde el ideal es la unidad, allá donde no se busca el sobresalir, imponer, rivalizar, emerger, sino ayudarse, comprenderse, apoyarse, buscando la excelencia de la unidad por encima de todo.

Las palabras de Jesús no dan lugar a duda alguna: **“ Yo les he dado la gloria que tú me diste para que sean uno como Nosotros somos uno” .** Jesús sabe de lo inalcanzable que es para el ser humano la unidad Trinitaria que nos ofrece, por ello, nos lo regala, nos lo dona, nos lo hace herencia: se compromete a darnos su Espíritu, el fruto de la interrelación entre El y el Padre. El nos autoriza para gritar a diestra y siniestro: el amor de Dios ha sido derramado en vuestros corazones y por ello sois uno como Yo lo soy con mi Padre.

Esta es la clave de la fraternidad cristiana. Donde no puedo llegar yo, en clave relacional, llega el amor de Dios depositado en mi corazón. Mis sentimientos, emociones, gustos, apetencias, sin dejar deber buenas, nunca podrán afianzar la fraternidad en Cristo, precisamente por esto, porque ésta sólo se afianza en Cristo y no en mis realidades afectivas o racionales.

El Reino de Dios se entiende en esta clave. El mundo, en cuanto sociedad ajena a Dios, cifra su socialización en un horizonte muy diferente. Priva el egoísmo, el individualismo, el yo por encima del nosotros. La filantropía, que es muy buena, no sólo es mínima sino también muy temporal y coyuntural. Sirve para suavizar los desgarros sociales, pero no para sanar, de raíz, a la sociedad.

Y esta es la clave de la Iglesia, ésta es la clave de la vida Comunitaria. Todo lo institucional ayuda y más cuando se hace con criterio y buen orden. Pero es insuficiente por sí mismo. Hay que transcender, hay que romper las amarras de mi inmanencia. Donde no llego yo, donde no puedo llegar yo, llega Dios. Es su palabra, es su promesa. En vísperas de Pentecostés es muy gratificante volver a escuchar esta palabra de Dios, volver a reactivar nuestra fe en El, volver a reafirmar nuestra alianza comunitaria, volver, por la gracia de Dios, a ser uno con el hermano, con la hermana, como el Padre y el Hijo son uno y por ello, el mundo creerá que Cristo es el enviado y que Dios ha puesto su morada entre nosotros. No hay alternativa. Esta es la "utopía" del Reino de Dios, que no tiene lugar con los criterios del mundo, pero que sí es totalmente realizable con el presupuesto de Dios: El amor trinitario que nos ha sido entregado como don y como gracia. El problema de este mundo es que ha confundido lo gratuito con lo opcionable y Dios siempre será gratuito, pero no supérfluo. Todo lo contrario, absolutamente necesario.

Feliz Pentecostés